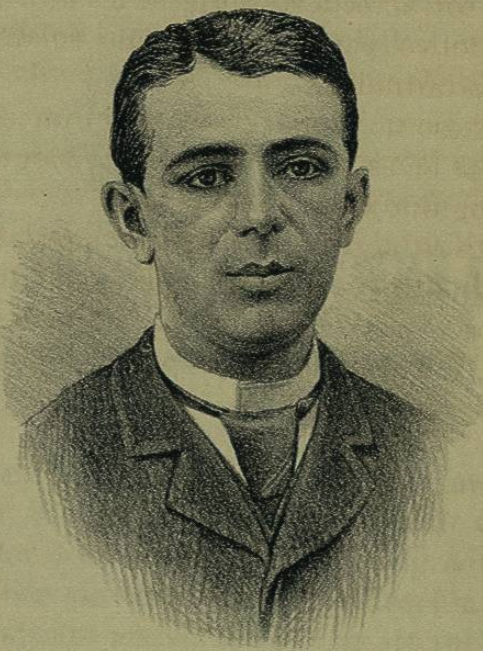


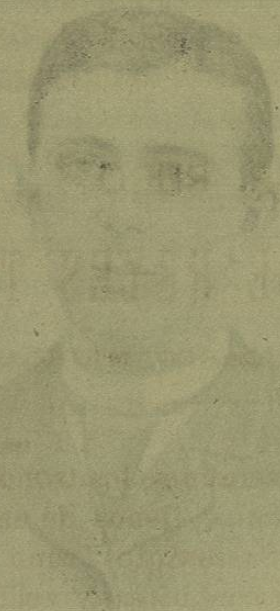
Los sacerdotes que con energía y decisión hánse dedicado al sostenimiento y progreso de la Religión Católica, Apostólica, Romana, en la República Mexicana, son acreedores á que se les dé á conocer al mundo católico, para que sean, no solamente imitados, sino admirados.

Por eso no hemos vacilado ni un solo instante en colocar en esta pequeña galería biográfica al digno y distinguido Cura de Cholula.

Esta es, á grandes rasgos, la biografía del Sr. Pbro. D. Agustín Tomás Rojas, por cuya feliz existencia hacemos votos al Altísimo para que siga conduciendo al redil á las ovejas que, por desdicha, se encuentren descarriadas.



SR. PRESB. D. JOSE REYES TENA,  
CURA DE UCAREO, (MICHOACAN.)



SR. PBRO.

## DON JOSE REYES TENA

CURA DE UCAREO, MICHOACAN

Los ángeles y los serafines, los tronos y las potestades entonan ¡Hossanas! llenos de amor y de dulzuras, alrededor del Sacrosanto Trono del Altísimo.

Todo aquel coro de armoniosas y vocingleras voces forman un conjunto marcadísimo con los sollozos y las quejas que en la tierra se escuchan.

Allá todo es alegría y bienaventuranza; acá todo tristeza y desesperación.

Los ángeles, espíritus puros, etéreos, perfectos, eran dichosos con exceso porque gozaban de la presencia de Dios; porque, respirando el ambiente saturado de aromas que lo circuea, formaban parte de su existencia. Los hombres, espíritus desterrados, proscritos, envueltos en la ruin materia, sintiendo doblarse su cerviz bajo el peso de la primitiva culpa de nuestros padres y de sus propias abominaciones, respiran-

do el fétido y nauseabundo ambiente de las maldades, que se hallan extendidas por todo el haz de la tierra, clamaban ¡*misericordia!*

El Eterno no podía permanecer impassible á sus súplicas. Padre lleno de amor, fuente de caridad y de ternura, manantial inagotable de dones, ¿cómo hubiera cerrado los oídos á los clamores de sus hijos más tiernos y queridos, hombres á quienes habia criado á su imágen y semejanza?

¡De ningun modo!

Aquellos séres, que se hallaban encenagados en el inmundo pantano del vicio, tendian su descarnada mano, buscando otra robusta, fuerte, omnipotente, que le prestara su apoyo; y no en vano lo solicitaban, pues su clamor habia encontrado eco en el espíritu justo y equitativo de su Creador.

El hombre miserable iba á recuperar su perdida fuerza y su espíritu decaído á erguirse, porque así le plugo á su Dios.

Iba á encarnar á su propio espíritu entre nosotros, para que revistiendo la humana forma que nos envuelve, nos enseñara prácticamente el sendero que debíamos seguir para salvarnos.

Entonces fué cuando ordenó á Gabriel que descendiera á nuestro planeta, á la poco populosa ciudad de Nazaret, á anunciar á la Virgen de Judea, á la bienaventurada y hermosa nazarena María, que en su seno virginal é inmaculado encarnaria el Verbo hecho carne, para redimir á los hombres de la maldición que del Eterno pesara sobre sus cabezas por la

culpa cometida en el Eden por nuestros primeros padres.

Entonces fué cuando el gallardo Gabriel, enviado del Señor, vestido de luminosa tela y trayendo un ramo de azucenas en la diestra, se presentara á la hermosa desposada de José, patriarca castísimo y santo, cuando se encontraba abstraída en sus meditaciones, en sus éxtasis celestiales, y ofreciéndoselo, le hablará en estos términos: “¡Dios te salve, María! ¡Llena eres de gracia! ¡El Señor *es* contigo! ¡Bendita tú entre las mujeres! ¡Bendito el fruto de tu “vientre!” Después de esta salutación, el ángel manifestó á María el objeto de su visita, y la Redentora del género humano escuchó solícita la voluntad del Altísimo, disponiéndose á acatar su voluntad suprema.

La humanidad se conmovió gozosa al saber la feliz nueva, y los hombres, tanto tiempo hacia abatidos y desafortunados, sonrieron con indecible satisfacción viendo próximo el día en que cayeran á sus piés, hechas pedazos, las cadenas con que el Demonio los habia tenido sujetos á su dominio durante tantos años.

Y no tardó mucho tiempo en cumplir su celestial promesa el Padre Omnipotente. Muy presto apareció en el Oriente la estrella precursora del Mesías, y derramando los brillantes rayos de su diamantina cauda sobre el establo humildísimo de Bethlem, daba á conocer á los mortales que acababa de nacer la *luz de luz* que iba á iluminar de allí en adelante nuestro sendero quebradizo.

“¡Hossana; salud y vida al Hijo de David! ¡Bendito sea el que nos viene en nombre del Señor!” Así cantaban los zagales, danzando gustosos alrededor del pesebre en que dormía tranquilo el Dios-Hombre.

¿Después?

¡Creció! Padeció! Murió!

Su sangre santa, derramada en el suplicio más ignominioso que en aquellos tiempos existiera, sirvió para lavar la mancha del pecado que teníamos en la conciencia.

Más tarde se derramó su doctrina por todos los ámbitos de nuestro planeta, con la misma rapidez que el rayo cruza los inmensos espacios del vacío al poderoso impulso de la electricidad.

Abundaron los mártires que con su sangre nutrieron más y más la sacrosanta doctrina, y de entre sus cenizas surgieron nuevos ministros propagadores de la eminente idea del Cristianismo.

Estos sacerdotes han tenido que sostener una lucha formidable y desigual con los sectarios del retroceso moral, del decaimiento espiritual, de la inacción católica.

Una de las obras más meritorias ante Dios, es la perseverancia en defender á los nobles propagadores del Catolicismo, de las calumnias con que se les difama y probar que son inciertas las obras que se les imputan.

A este fin está destinada esta obra, y nos felicitamos de poner hoy como modelo á uno de los más asiduos paladines de la Cristiandad.

El día 6 de Enero de 1857, fatal época en que se inició la cruenta guerra de Reforma, á cuyo amparo se violaron los fueros sagrados que gozaba el Clero y se profanaron nuestros templos, vió la primera luz en Copándaro, pequeño y humilde pueblecillo del Estado de Michoacán, el Pbro. D. José Reyes-Tena.

¿Quién habria de pensar que un niño que nació precisamente en el año en que la impiedad iba á sacudirse en una de sus más bruscas conmociones, fuera más tarde uno de los atletas más leales á la causa de la Religión?

Principió su carrera literaria en 1860, cuando contaba pocos años. Desde esa pequeñísima edad mostró una precocidad y un talento poco vulgar, y una propensión y anhelo inquebrantable por el estudio, pues en poco tiempo cursó sus estudios primarios, dedicándose después con más fe á cursar los preparatorios, concluidos los cuales, siguió cursando los superiores, hasta que en el mes de Junio de 1882 pudo ver realizadas sus esperanzas, recibiendo el sagrado Orden sacerdotal.

Su satisfacción fué inmensa cuando ya consagrado por manos dignas y augustas, se consideró capaz de lanzarse en medio del borrascoso mar de la impiedad, con el objeto sublime de prestar su auxilio á los que sin brújula ni piloto navegaban en él á riesgo de hundirse en sus inconmensurables abismos.

En el mes de Julio del mismo año pasó á servir su primera ampolleta en la parroquia de Huetamo, donde permaneció un año y diez meses esparciendo cuan-

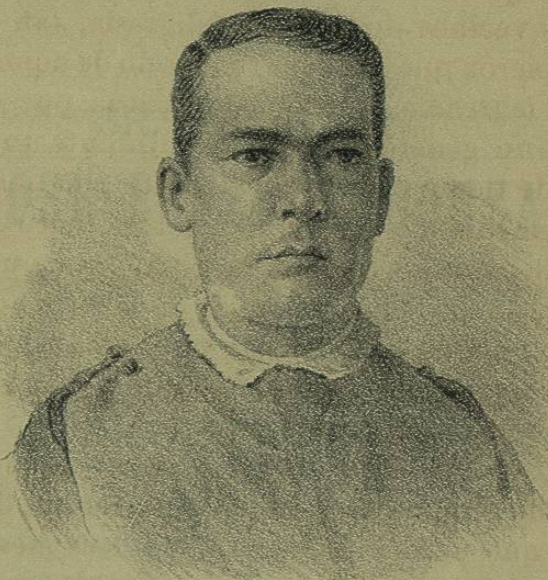
to bien pudo durante su corta estancia en aquel lugar.

Luego fué trasladado á la ciudad de Salvatierra, Estado de Guanajuato, sirviendo allí la ampollita por espacio de cinco años. Sinceramente lo sintieron los vecinos de aquella feligresía, tan luego como supieron que iba á ser removido de aquel lugar, y dieron marcadas muestras de tristeza, pues en él perdían á un generoso padre que, durante un largo período de tiempo, los habia atendido con tierna solicitud, remediando sus cuitas y males físicos y sus angustias morales con toda la grandeza de un corazón inflamado por el sacro fuego de la caridad, fortaleciéndoles el espíritu con sus consejos llenos de filosofía, de amor, de sabiduría é impregnándoles de la santa unción que le caracteriza.

Pero en Abril de 1888, por orden de su Prelado, hubo de tomar posesión de la parroquia de Cápula, en la que permaneció un año y seis meses, siendo cambiado en 4 de Octubre de 1889 á la parroquia en que actualmente reside, donde sin interrupción ha administrado hasta la presente, siendo objeto de la admiración y amor de sus feligreses.

Su modestia á toda prueba, le hace no dar importancia á sus buenas acciones, que son muchas; pero en su semblante se revela el temple de su grande alma impregnada de generosidad y amor.

¡Quiera el Dios que dirige nuestros destinos, conservar su existencia para felicidad de cuantos le rodean!



SR. PRESB. DR. D. JOSÉ ESTEBAN GONZALEZ,  
GOBERNADOR DE LA MITRA DE CHIAPÁS.

SR. PBRO. DR.

## DON JOSE ESTEBAN GONZALEZ

GOBERNADOR DE LA MITRA DE CHIAPAS

**E**XISTE un Dios, inmutable é indivisible, que es el motor del Universo. Dios, cuya presencia encontramos en todo cuanto nos rodea y en todos los atributos de nuestro espíritu.

Nuestra conciencia nos lo demuestra claramente y nuestra razón nos lo hace concebir en toda su plenitud.

Su existencia es evidente, porque la lógica natural nos enseña este principio: de que no hay efecto sin causa; y siendo todo cuanto existe efectos y no causas, evidentemente que ha de existir una causa primera y principal de la que sean emanados. Otra prueba de la existencia del Sér Supremo es, que no puede haber atributo sin sugeto. Es decir, no puede haber cualidad donde no hay substancia á que pertenezca. Si decimos *bueno*, por ejemplo, expre-

samos un atributo, y luego la razón nos induce á creer que existe un sugeto al cual corresponda. ¿Quién es bueno? ¿Ninguno? Pues entónces la Bondad no tiene razón de ser, porque no habiendo un sugeto en quien recaiga un atributo, éste no debe, no puede subsistir por sí solo. Pero si cuando preguntamos: ¿quién es bueno? se nos contesta: Pedro ó Juan, ú otro nombre cualquiera, entónces no podremos negar la cualidad, porque nos prueba la existencia de un sugeto. *Blanco*, pronuncia alguien, y este atributo nos viene demostrando la existencia de alguna cosa. ¿Qué cosa es la que tiene la cualidad de ser blanca? El mármol, por ejemplo. Luego ese atributo nos viene á dar á conocer al objeto que lo posee. Hay dos atributos sobrenaturales: la *duración* y el *espacio*. Existiendo estos atributos debe existir un *alguien* á quien corresponda. Y de que existen tenemos una evidencia absoluta. Fijemos nuestra atención en el firmamento cuando ni una nubecilla manche su bóveda azul y brillen claramente las innumerables estrellas que lo pueblan; pongámonos á considerar que cada una de esas lucecillas rutilantes es un mundo, rodeado de atmósfera propia y poblado de séres como nuestro planeta, y tendremos que convenir en que el *espacio* existe. Hagamos un esfuerzo para remontarnos tras de las muchas épocas que han trascurrido, hasta el principio de los tiempos, y despues retrocedamos y encaminemos á nuestra imaginación para que escudriñe, instante por instante, los incontables siglos que faltan para que concluyan éstos. Nuestro espíritu quedará atónito é inmóvil cuando no pueda encon-

trar el término de cualquiera de estos dos extremos, y al fin tendremos que convenir en que la *duración* es. Ahora, la misma razón nos hará comprender que ni la *duración* ni el *espacio* son objetos, sino atributos que corresponden á un objeto. ¿Y quién puede ser ese sér á quien pertenezcan esas cualidades inmutables é invariables? ¿Quién ese *alguien* inmutable é indivisible á quien convengan estas perfecciones? —DIOS. Porque considerado como principio y fin de todo lo visible é invisible, de todo lo mutable é inmutable, de todo lo divisible é indivisible, debemos reconocer en El al más grande de los séres. Algunos teólogos, no obstante, no admiten que la *duración* y el *espacio* sean atributos de Dios, porque objetan que la sublimidad de ese Sér requiere pruebas más sublimes para demostrarse. Y ¿dónde hay nada más sublime que la Eternidad y el Infinito? Al ménos nuestra menguada inteligencia reconoce como grandioso todo aquello que no alcanza á comprender. Otra objeción que hacen los que no van de acuerdo con nuestra opinión, es, que no pueden ser atributos de un Dios infinito la *duración*, que es finita y divisible, y el *espacio*, que es susceptible de variedad: no sabemos cuál sea el verdadero punto de apoyo de estos razonamientos; á nuestro entender, no es cierto que el *espacio* sea vario y la *duración* susceptible de medida, porque por *duración* entendemos nosotros *desde el primer momento al último de la evolución universal*, momentos incontables, problemas irresolubles para todo matemático que exista ó haya existido. Por *espacio* comprendemos *desde el primero al último con-*

*fin del Universo*, y no creemos que hubo, haya ó habrá en adelante, geómetra alguno capaz de medir esa inmensidad. Quedan deshechas, pues, las teorías contradictorias á la nuestra; porque si nuestros comentadores alegan que el espacio es mutable, es porque están basados en la idea errónea de considerar las cosas tan pequeñas como se presentan á nuestra escasa vista y á nuestra pobrísima inteligencia, sin atreverse á estudiar más allá por temor de ser absorbidos por la inconmensurabilidad que entónces se presentaría ante ellos. La duración podrá ser medida ó dividida en épocas, lustros, siglos, años, meses, semanas, días, horas, minutos, segundos é instantes, pero eso es porque somos tan miserables aún, tan pequeños, tan poco aventajados, que necesitamos hacer cálculos inventados por nosotros mismos para poder gobernar nuestra inteligencia, pues de otra manera nos confundiría la inmensidad en que nos sumergeríamos. Pero estos cálculos que nosotros hacemos á nuestro antojo y guiados por ciertas reglas que nos hemos impuesto, en nada truecan, nada significan en el órden sobrenatural de las cosas. De manera, que dejando sin fuero los razonamientos expuestos en contra, quedamos convencidos hasta la evidencia que la duración y el espacio son atributos, que esos atributos corresponden á alguien y que ese alguien es DIOS.

Probada la existencia de un Sér sobrenatural, debemos convenir en que ese Sér está colmado de perfecciones, y una de ellas es su excesiva bondad, de la cual tenemos una prueba inmensa en la *Encarna-*

*ción* de su divino Hijo en las entrañas de la Virgen María para libertar á la corrompida humanidad.

Hijo de Dios y Representante de El sobre la tierra, fué sin duda Nuestro Señor Jesucristo, pues de otra manera no hubiera podido realizar la obra magna de la propagación de su santa doctrina por todos los ámbitos del mundo; doctrina que ha permanecido inmutable durante tantos siglos y que cuenta con innumerables adictos, como lo son sus dignos ministros, de uno de los cuales nos vamos á ocupar en la presente biografía.

Nació el Sr. Dr. D. José Estéban Gonzalez en San Cristóbal las Casas, capital del Estado de Chiapas, el día 9 de Noviembre de 1850.

Fueron sus padres el honrado ciudadano D. Manuel Germán Gonzalez y la virtuosa dama D.<sup>ca</sup> María Gertrudis Mercado de Gonzalez.

Se bautizó en la Santa Iglesia Catedral el día 17 del mismo mes y año, siendo su padrino el Sr. Deán D. José Domingo Robles, tío suyo, y madrina su tía D.<sup>ca</sup> María Josefa Gonzalez. Lo confirmó el Ilmo. Sr. Colina en 1857, siendo apadrinado este acto por su tío el Sr. Pbro. Br. D. José Pantaleón Gonzalez, que más tarde fué Canónigo y Gobernador de la Mitra Chiapaneca, por su despejada inteligencia y grandes virtudes sacerdotales.

Empezó su instrucción primaria en el año de 1858, y concluida ésta en 1863, pasó al año siguiente á cursar las aulas en el Seminario Conciliar de Chiapas.

Durante sus estudios elementales mostró una precocidad grande y un entendimiento despejado que



le granjeó el cariño y simpatías de sus maestros que, esmerándose en su educación, sacaron de él un erudito é inteligente discípulo que habia de darles más tarde honra y prez.

En el Seminario tambien obtuvo magníficas calificaciones y el afecto de sus condiscípulos y maestros de las diferentes materias que cursó, habiendo terminado felizmente sus estudios menores y los de facultad mayor el año de 1873.

Entre tanto, desempeñó en los cuatro primeros años la plaza de celador general.

Recibió además, en algunas cátedras, premios y menciones honoríficas, y en la de Teología Dogmática sostuvo algunos certámenes públicos.

Durante los cinco últimos años de sus estudios, y estando ya iniciado en las Sagradas Ordenes, sirvió la Vice-Rectoría del Seminario y desempeñó la cátedra primera de latinidad.

El día 12 de Diciembre de 1874 fué ordenado de Presbítero por el Ilmo. Sr. Dr. D. Germán Ascensión Villalbaso, digno Prelado diocesano en aquella época, cantando su primera misa en la iglesia de San Francisco el día 20 del mismo mes y año.

En 1875 pasó del Seminario al Obispado con el carácter de familiar y Capellán del Ilmo. Sr. Villalbaso, y durante tres años y meses sirvió á Su Señoría Ilustrísima y le acompañó á todas las visitas que en ese tiempo practicó en la diócesis.

Además, en ese tiempo desempeñó en el Seminario la cátedra de francés y suplió por un año y medio la de Teología Dogmática.

Muerto el Ilmo. Sr. Villalbaso, fué nombrado Rector del Colegio Seminario, y despues de haber servido por algunos años este empleo, se fué á Europa con el fin de perfeccionar sus estudios. Estuvo año y medio en París en el Seminario de San Sulpicio, y á fines de 1881, con sus respectivos certificados, pasó á Roma á coronar su carrera. Allá, previos todos los requisitos necesarios, recibió el grado de Doctor en Sagrada Teología, en la Universidad Pontificia, el día 16 de Enero de 1882.

Durante su permanencia en Europa, aprovechó las temporadas de vacaciones para visitar las principales ciudades de Francia, Italia é Inglaterra, y además hizo de preferencia un peregrinación á Páreylemonial y otra á Lourdes.

El día 7 de Marzo salió de Roma para volver á su país, y habiendo pasado á México para dar gracias á Nuestra Señora de Guadalupe por la felicidad de su viaje, llegó á San Cristóbal las Casas el día 20 de Abril del referido año de 1882.

Un mes despues fué destinado á servir, por corto tiempo, la parroquia de Tuxtla Gutierrez, y de ahí fué llamado por el Gobierno Eclesiástico, en Febrero de 1883, para servir en la Curia Eclesiástica con el carácter de Oficial Mayor y desempeñar en el Seminario la cátedra de Teología Dogmática. Se le encargó tambien de la Maestría de Ceremonias en la Santa Iglesia Catedral y de la Secretaría del Venerable Cabildo Eclesiástico; aquella la desempeñó por cinco años, y ésta sigue á su cargo.

En Mayo de 1887 empezó á desempeñar la Secreta-